

ELOGIO DEL DESACATO

A nuestro «princeps»
Antonio García Trevijano



Los estados protoliberales del siglo XIX crearon la figura jurídica del desacato, institucional hircocervo, híbrido monstruoso compuesto por los delitos de la irreverencia religiosa y la desobediencia militar, en su tendencia a sacralizar y militarizar la autoridad del naciente Estado, paradójicamente civil y laico. Las supersticiosas garantías de la antigua realeza y el escrupuloso temor ante la vieja Iglesia pasaron a servir metamorfoseados al nuevo protagonista recién salido de las numerosas revoluciones decimonónicas, el Estado moderno. Lo mismo que antes hicieran el Trono y el Altar, los altos funcionarios y demás pulcros servidores del Estado se transformaron en «leges loquentes», arrojando toda opinión o creencia dísona a la gehena de la figura mestiza del desacato. Ahora bien, el entendimiento no sólo produce verdades ciertas, sino también juicios de probabilidad, que consisten en acuerdos o desacuerdos verosímiles entre ideas. Y el asentamiento que se otorga a una proposición probable se llama opinión o creencia, entes espirituales absolutamente incapaces de desacatar, que pululan en un ámbito completamente distinto al espacio en donde se cubican los actos. Además, una vez ya asentado perfectamente el Estado moderno en su versión democrática, el desacato cívico representa la mejor medicina para la salud del Estado en cuanto que impide, al decir de Montesquieu, que se puede estar a la vez cubierto de infamia y de dignidades. De hecho, debían honrarse públicamente a los desacatadores con buena base en sus opiniones como egregios purgantes que son del sistema.

Por otro lado, en una Democracia no se puede denominar «sensu stricto» como desacato las airadas críticas de la ciudadanía ante algunas resoluciones judiciales absolutamente escandalosas. Los jueces no pueden pedir a la sociedad que además de que se cumplan sus sentencias ésta esté también de acuerdo con ellos mismos. Sus sentencias deberán cumplirse, pero no es obligatorio que la sociedad las asuma moralmente. No son Tribunales de fe ni de doctrina ni de conciencia. Y si los ciudadanos no asumen la doctrina de los jueces entonces sí están obligados a criticarlos y a denunciarlos públicamente. Toda opinión ante cualquier acto del Estado es absolutamente inviolable. De hecho en una Democracia es el ámbito de las opiniones singulares el que debe limitar el espacio de los actos del Estado. Sin el ámbito libérrimo de aquéllas el espacio estatal perdería sus límites y su propia ansia de amplitud ilimitada le haría desaparecer, como así ha ocurrido en algunas épocas de la Historia. Sólo el juicio constante y resolutivo de la opinión pública sobre los juicios de los Tribunales — como sobre las leyes y resoluciones de los otros dos poderes del Estado — puede conseguir la sincronía moral entre la sociedad y su servidor el Estado. No puede ser desacato criticar, aunque sea de forma airada y vociferante, aquellas grotescas resoluciones judiciales — como la perpetrada contra Liaño — que gran parte de la ciudadanía no comparte. Y esta crítica, verdadera piedra angular del sistema democrático, no sólo sirve para esa sincronía moral apuntada, sino sobre todo para la legitimación social del Poder Judicial. Todos los jue-

ces que aspiran a convertirse en delito las opiniones críticas sobre sus actos jurídicos se están declarando «de facto» rebeldes al sistema democrático. Y la Democracia no puede aupar y proteger a los que tan palmariamente se han declarado en rebeldía. Chusmá servil que transforma las leyes en parásitos de los poderosos.

Por otro lado, si a algún historiador se le ocurriese indagar sobre las razones que tuvieron los grandes desacatadores de la Administración de Justicia que en las sociedades pretéritas han sido, con toda seguridad se vería que al menos la mitad de ellos están ya plenamente justificados por su posteridad. Pero parece que algunos de nuestros magistrados más altivos, con una soberbia intelectual tal que obtura sus oídos, hacen todo lo que pueden para que sigan manteniendo su vigencia histórica — pues su vigencia poética permanecerá siempre — aquellos desolados versos de Rafael Alberti, cuya muerte tantas lágrimas de cocodrilo ha provocado en el sistema: «Sonaba el miedo a gozne sin aceite / a inviolado jardín y a tabla seca / Olía a viento de pasillo oscuro / y a invisible mantel / gotado de cera».

Martin-Miguel RUBIO ESTEBAN

MENSAJE DESDE FERRAZ

Llama poderosamente la atención de Juan Bravo la «discretísima» charla del jueves pasado de Barrionuevo, Corcuera y Vera con varios periodistas (casi todos los medios importantes, incluida LA RAZÓN, menos El Mundo, por razones obvias). No hubo grabadoras, micrófonos o apuntes sobre lo dicho, pero su contenido se sabe hasta en Ruanda, entre otras cosas porque eran los argumentos manejados durante años: en los fondos reservados hay basura para políticos, jueces estrella o estrellados y cuerpos policiales. La «rueda de Prensa clandestina» fue la víspera de la denuncia de Barrionuevo sobre el trato de favor a Felipe González en el asunto de los GAL. Y se pro-

dujo en el mismo corazón del PSOE, en su sede de Ferraz, y sin abogados. Fue un acto político, y de políticos. El mensaje es, pues, que los ex altos cargos de Interior no están dispuestos a comerse solos el «marrón» judicial, mientras González se escabulle gracias al oportuno escrito de Garzón (oportuno por su aparente torpeza que llevó a la exoneración de González). No quieren ser los únicos que se ahoguen en el paso del Mar Rojo, y anuncian las siete plagas sobre el imperio faraónico de los socialistas. Como diría el PSOE, el PP debe estar detrás de Barrionuevo. ¿O me estoy liando?

Juan BRAVO



ROTA



pliación de la base de Rota proporcionaría a la OTAN el núcleo más efectivo de la Europa Meridional para apoyar su misión de puente aéreo estratégico... Necesitamos resolver la cuestión ahora. La situación en Kosovo nos indica

que no podemos predecir cuándo y dónde ocurrirá una situación que requiera una respuesta inmediata».

El terrorismo internacional y el monopolio mundial del mercado de armas, necesita, además de Gobiernos sumisos y que con ellos se endeuden, mano de obra barata, y España la presta. (En última instancia para eso sirven también los inmigrantes desahuciados del mundo y de cualquier derecho humano). Y mientras agotamos energías, derramamos sangre y sufrimiento, consumimos lustreros en contiendas intra-nacionales, el Gran Hermano del Norte planta sus botas en el corazón del tan orgulloso como sometido pueblo que sigue siendo base colonial a su servicio.

Y todo en silencio, sin apenas polémicas, hermetismo al que se prestan quienes se reparten los intereses, fraudes, corrupciones, del compartido poder. Recuerdo cuando hace ya casi veinte años, fui invitado a dar un mitin en Rota, en concentración de diez mil personas contra la presencia de las bases norteamericanas. El fervor de aquellos campesinos, jornaleros, profesionales, llegados en marcha festiva desde todos los lugares de Andalucía. Claro que entonces también se paseaba en bicicleta en el tiempo de sus vacaciones, legado de las prestigiosas universidades norteamericanas, Javier Solana, que ilustraba su juvenil sonrisa con el reclamo publicitario de una pancarta que decía «bases fuera», mientras Felipe González se retrataba bajo carteles que rezaban «Otan No» o el almuerzo que compartía con sus buenos amigos alemanes y los demócratas yanquis que preparaban su desembarco en La Moncloa, al tiempo que comentaban irónicamente las cosas que había que hacer por aquello del practicismo de la política. No lo hubiera mejorado el mismo Fraga Iribarne, el del baño junto al embajador de Estados Unidos en España, en las aguas del Mediterráneo, cuando se buscan unas bombas caídas inocentemente cerca del pueblo de Palomares. Al fin, pronto convergerían todos ellos en el mismo proyecto político, el único proyecto político que parece interesarles, que conocen, en el que se asientan: el de la alteración del poder utilizando para llegar al mismo todas las demagogias posibles. Así, Rota, las bases, la presencia USA quedó relegada a un tópico común para los nostálgicos, para quienes envejecen relegando al basurero las figuras y programas de quienes se dicen políticos en esta Feria de las palabras sin sentido. Mejoraremos: conseguiremos parecernos cada vez más al Gran Hermano, y así sus elecciones se convertirán en un ritual que cada vez convoca menos a las escépticas gentes, de las que ellos se reirán hablando del desengaño o del descompromiso.

Tristes tiempos sombríos —no para la vida cotidiana, aquí hablamos de la gran política— que del pasado al futuro conducen a los pueblos por las sendas del engaño y la sumisión.

Andrés SOREL